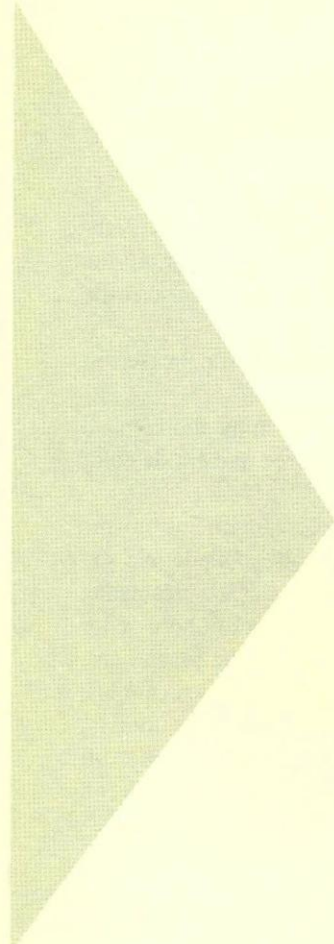


# DE CANARIAS A CROACIA: PANORAMA DE LA NARRATIVA CANARIA ACTUAL

SABAS MARTÍN



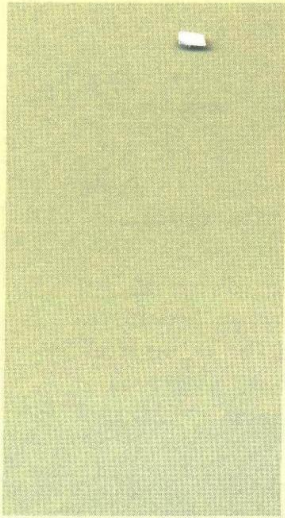
**P**robablemente, el mismo desconocimiento mutuo es el único rasgo que en la actualidad comparten la narrativa canaria actual y la croata. Un desconocimiento que, sin bien en lo que se refiere a la presencia de la literatura canaria en Croacia, y viceversa, podría ser comprensible por razones de índole diversa entre las que se contarían desde la incomunicación a la escasa difusión, pasando por cuestiones de lenguaje y traducción de ambas narrativas, no lo es tanto en lo que respecta a la importancia de la literatura canaria en la memoria de la literatura española. Tradicionalmente, Canarias ha sido considerada “tierra de poetas”. La preeminencia de esta afirmación es tal que, a lo largo del tiempo, desde la Edad Media o Prerrenacimiento –que es cuando Canarias es incorporada al suceder histórico español– hasta bien entrado el siglo XX, el sentir general que se encierra en esa frase ha llegado a convertirse en sentencia categórica asumida como una realidad natural pocas veces cuestionada. Una sentencia que, fuera de las fronteras insulares, ha contribuido a propagar la idea de que en Canarias la novela, la narrativa, la prosa, en general, no existe. O, cuanto menos, que nos hallamos ante un fenómeno más episódico que continuo. Sea como fuere, lo cierto es que, hasta Galdós, la conciencia histórica literaria española apenas concede crédito, con capacidad de irradiación foránea, a la narrativa canaria. El tópico insiste en que en Canarias sólo ha existido la poesía como tendencia dominante hasta generosamente andado el siglo pasado. Y esto, como se puede sospechar, es una media mentira sustentada tanto en rutinas clasificatorias acomodaticias como en el desconocimiento o el olvido.

No corresponde aquí y ahora acometer la revisión crítica que sitúe en su justo lugar las aportaciones que constatan que, junto a la poesía, los rostros múltiples de la prosa se han asomado al espejo de la historia literaria de las islas. Baste simplemente con señalarlo para centrarnos en lo que se puede considerar como el fenómeno que ha otorgado carta de nacimiento mayor a la narrativa canaria contemporánea. Me refiero a la eclosión surgida con lo que se ha dado en llamar la Nueva Narrativa Canaria, aparecida en los 70. En esos años, la Nueva Narrativa Canaria estableció un momento fundacional en nuestra historia literaria con una proyección y una repercusión, como se ha dicho, nunca antes vista.

Un cúmulo de circunstancias, tanto sociales, como editoriales, como de estricta creación literaria, favoreció el auge, inusitado hasta entonces, de los narradores canarios en los años 70. El fenómeno ha sido suficientemente analizado por Jorge Rodríguez Padrón, tanto en su *Una aproximación crítica a la Nueva Narrativa en Canarias* (Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1985) como en su exigente y polémica revisión crítica 30 años después en *Narrativa en Canarias: compromiso y dimisiones* (Tauro, Canarias, 2002). Recordemos algunos puntos esenciales.

Un poco al socaire del éxito editorial protagonizado por el también onomatopéyicamente bautizado “boom” de la narrativa hispanoamericana (García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes...), el mercado editorial español quiso trasplantar el suceso a las fronteras nacionales y tanteó distintas opciones con marchamo de etiqueta. Una fue la de los narradores andaluces y otra la de los de Canarias, en algunos medios calificados estrambóticamente de “narraguanches”. Junto a la oportunidad editorial, otras circunstancias favorecieron el proceso en las islas: la convocatoria de diferentes premios; la labor continuada de atención y difusión en revistas y suplementos literarios de periódicos; la aparición de nuevas editoriales insulares y de colecciones auspiciadas por el Gobierno Autónomo; la celebración de jornadas, mesas redondas y debates; la dedicación periodística de muchos de los nuevos narradores, junto a otros con incidencia en los circuitos universitarios y educativos; un incipiente sentimiento nacionalista; el fin de la dictadura franquista... En aquel caldo de cultivo se gestaron una importante cantidad de novelas surgidas de la mano de Juan Cruz Ruiz, Fernando G. Delgado, Luis Alemany, Alberto Omar, Víctor Ramírez, J.J. Armas Marcelo, Luis León Barreto, Juan Pedro Castañeda, Leopoldo O’Shanahan, Emilio Sánchez Ortiz, Juan Manuel García Ramos, Luis Ortega, Elfidio Alonso... Fue el arranque de un vértigo envolvente que, con el paso de los años, se ha ido incrementando, dispersando, fracturando e incluso desapareciendo según cada una de las trayectorias individuales de estos novelistas. Pero aquel momento inaugural supuso que, desde fuera de las islas, se concediera una atención esmerada a lo que procedía de Canarias. Y que los narradores canarios rompieran el tradicional cerco insular del aislamiento apareciendo en editoriales peninsulares.

En un proceso que podría tener su paralelismo con los narradores hispanoamericanos de la época, aquellos novelistas –muchos de los cuales aún siguen produciendo obras, no lo olvidemos, junto a otros que permanecen en el silencio– establecían los cimientos de una tradición, apuntalando o, incluso, trascendiendo, los ecos que procedían del pasado. Un pasado que, como hemos apuntado, no estaba hecho sólo de poesía. Y como ocurrió con el “boom” hispanoamericano que propició la revitalización de sus mayores (Borges, Onetti, Asturias, Rulfo...), con los nuevos narradores canarios se recuperaron algunos de los narradores pertenecientes a la generación que había padecido el rigor oscurantista de la dictadura franquista en la postguerra –la denominada *generación del bache* o *generación escachada*–, que se convirtieron, así, en co-partícipes del emerger de la nueva narrativa. Escritores como Alfonso García Ramos, Isaac de Vega y Rafael Arozarena se sumaban a los autores nacidos en los años 40, produciéndose un punto de confluencia



*La nómina de escritores  
canarios que frecuentan  
la narrativa  
a partir de los 80  
—varios tenían obra  
ya en otros géneros—  
es abundantísima,  
casi desmesurada.*

que reunía a quienes, nacidos en los años 20 y 30, habían publicado con esfuerzo y discontinuidad en las décadas del 50 y 60.

De aquella suma de circunstancias que auspició la aparición de la Nueva narrativa Canaria —cuyos autores no mantuvieron ni se presentaron con deliberada actitud de grupo— brotó un cierto espacio intelectual en el que confluían varias tendencias: del realismo al experimentalismo, del barroco al despojamiento, del sarcasmo al vacío existencial, de la crónica interiorizada a la evocación lírica, de la lúdica ironía a un irracionalismo onírico, de lo histórico a lo cotidiano, de lo urbano a lo rural... Todo un torrente expresivo, en suma, que conmocionaba el panorama literario español enfrascado en espesos estructuralismos. Y todo ello, expresado con el atrevimiento, frescura y transgresión verbal que supone la indagación en el lenguaje y sus límites. Por diversos procedimientos, aquella novela emergente se aventuraba en los recovecos de la memoria histórica insular y en la recuperación de las señas identificatorias. El devenir posterior individual de esos autores —algunos de los cuales se han radicado fuera de las islas— requiere un análisis particularizado. En cualquier caso, es indudable la expectación que suscitaron y la renovación que han aportado a la narrativa insular.

*A partir de los años 80.  
Narrativa canaria actual*

---

No han sido tan propicias, como lo fueron para sus predecesores, las circunstancias extraliterarias que han acompañado la continuidad generacional de la narrativa canaria. En el progresivo empobrecimiento de la temperatura cultural de las islas —algo que parece haber comenzado a remitir, aunque sólo sea parcialmente y a costa de esfuerzos individuales en los años que marcan el fin y comienzo de siglo—, en los 80 hay que anotar la desaparición de revistas y suplementos culturales, así como de editoriales decisivas

en la etapa anterior. Junto a ello: la escasa atención crítica a los nuevos narradores; la poca repercusión y difusión de los premios literarios; y, además, la práctica incomunicación y desconocimiento mutuos entre islas. El panorama no es tan halagüeño como en la década anterior porque, entre otros factores, falta una voluntad aglutinadora, un impulso coyuntural que vuelva favorable la oportunidad. Y aún más. La industria editorial canaria de a partir de los 80 se ve relegada por el mercado editorial peninsular que somete sus productos a determinados baremos en donde prima la banalización comercial frente a la trascendencia, la calidad y el riesgo literarios.

Igualmente se produce una “territorialización del yo” —en expresión de Juan José Delgado en su fundamental *El cuento literario del siglo XX en Canarias* (Cuadernos de Literatura Ateneo de La Laguna, Tenerife, 1999)— como respuesta quizás a la insatisfacción, el descreimiento, la incomunicación, la soledad, que la realidad histórica provoca. Esa actitud, tanto literaria como vital, esa forma de situarse el novelista ante el mundo, se traduce en una multiplicidad de tendencias y en una incertidumbre individual que no permite a los nuevos escritores una cohesión semejante a sus inmediatamente precedentes. Asimismo, la fuerte subjetividad que impregna esta postura incide, igualmente, en que en Canarias prolifere, tanto en cantidad como en calidad, el género del cuento, del relato o la novela corta, hasta el extremo de que más de uno de los nuevos escritores no haya transitado aún por la narración de más amplio aliento. Así, con ese acérrimo individualismo, el concepto de grupo, la noción de corriente o movimiento, todo lo que suene a posible comunidad de planteamientos no tiene aquí cabida, al menos desde la sensibilidad particularizada de estos últimos narradores canarios. La independencia aparece como la mejor consigna. Y, junto a ello, una cierta ingenuidad que les lleva a reclamar la misma intensa atención, editorial y mediática, que tuvieron los del 70. Pero, como digo, las circunstancias son distintas. Quizás lo que haya cambiado —y profundamente— sea la misma sociedad. Quizás la tan traída y llevada postmodernidad haya dejado como legado en el entramado social una desideologización, una abúlica apatía, un mortal desinterés que alcanzó, para su daño, a los agentes culturales.

En cualquier caso, la nómina de escritores canarios que frecuentan la narrativa a partir de los 80 —varios tenían obra ya en otros géneros— es abundantísima, casi desmesurada. Quizás esa nómina desmesurada sólo nos indique que en Canarias es relativamente fácil publicar. Publicar cuentos, al menos. A título de ejemplo, en *Narrativa Canaria Última* (Baile del Sol/Ayuntamiento de La Laguna, Canarias, 2001) aparecen 26 cuentos de otros tantos autores nacidos la mayoría en torno a los años 50. Un recuento más exhaustivo añadiría otra treintena de nombres a los de esa antología. Quizás tan prolija relación de narradores sólo nos alerte sobre la visceral necesidad de explicar la realidad para intentar comprender el desasosiego y la incertidumbre del tiempo contemporáneo y el lugar que, como isleños, ocupamos en él. Quizás tanta desmesura nominal no implique ningún criterio valorativo y responde sólo a meras razones circunstanciales, sin que literatura y vida, compromiso y autenticidad, se unan necesariamente en la escritura. Porque hablamos de autores de los que muchos de ellos —como apuntaba antes— sólo han dado a conocer cuentos, y no todos los autores de cuentos son, además, novelistas. Y aún otro factor a considerar: que otros tantos de estos últimos narradores no han manifestado continuidad. Una novela sola no hace a un novelista. (Salvo excepciones, que ahí está Rulfo, por ejemplo, para contradecir la norma). Y es que lo difícil no es abandonar la condición de inéditos, sino añadir nuevos títulos a los inaugurales. Quizás las precarias estructuras culturales de las islas, los sempiternos problemas de difusión y distribución del libro, la imposible competitividad del sistema editorial canario frente al peninsular, la deficiente planificación institucional, la apatía mediática, todo

eso que configura un panorama en donde lo que se da es la improvisación, la errancia y las contradicciones, los movimientos sincopados, haya añadido la desesperanza al desaliento y haya hecho que tantos escritores no consumasen una trayectoria continuada. Eso, y la criba inevitable del tiempo.

Pero de la cincuentena de narradores canarios surgidos desde los 80 hasta el presente, algunos muestran una obra lo suficientemente amplia y consolidada –incluso con publicaciones en editoriales peninsulares y, en un par de casos, de fuera del territorio nacional– como para merecer un estudio particularizado. Juan José Delgado, Emilio González Déniz, Agustín Díaz Pacheco, Antolín Dávila, Roberto Cabrera, Dolores Campos–Herrero, Domingo–Luis Hernández, José Manuel Brito, Anelio Rodríguez Concepción, Víctor Álamo de la Rosa, Nicolás Melini, David Galloway, Cecilia Domínguez Luis, José Zamora, Juan Manuel Torres Vera, Ángel Sánchez o Jesús Rodríguez Castellano, e incluso yo mismo, son sólo algunos de los nombres posibles –entre novelistas y cuentistas y quienes cultivan ambos géneros– de ese cúmulo de narradores canarios actuales.

La diversidad estilística y la variedad temática aparecen como el único rasgo cierto que pudiera caracterizar la narrativa canaria actual. Una multiplicidad de la escritura, sin embargo, en la que podrían extrapolarse algunos rasgos genéricos. Como que se produce una intensificación del componente mítico, se utiliza la ironía como sistema crítico, se establecen espacios cerrados, se incorporan géneros –relato negro, erótico, la crueldad “caníbal”– que tienden a una homologación o normalización semejante a la de otras literaturas universales, todo ello sin dejar de establecer vínculos con corrientes netamente isleñas como el surrealismo y los *fetasianos*. Y, casi como aglutinador común, un uso singular del lenguaje –en mayor o menor intensidad, según cada autor en particular– que hace que la narrativa canaria –al menos, parte de ella– muestre rasgos de diferenciación peculiar con respecto al resto de la literatura española.

El mestizaje, el atrevimiento formal, un lenguaje distintivo cargado de valencias que van más allá de lo meramente denotativo o de la función informativa, la mirada irónica, el tratamiento mítico de la geografía insular y una actitud ética heredera de un arraigado talante liberal, son las notas más reseñables que podrían actuar como caracteres diferenciadores de esa narrativa canaria con respecto a la peninsular.

Pero al margen de ciertas posibles notas comunes que, aunque sea de forma tangencial, puedan relacionar a estos escritores, y abolida, como se ha visto, cualquier otra voluntad de constitución de grupo o movimiento que no sea la dada por la cronología, estos escritores, como digo, reclaman el mismo planteamiento crítico que cualquier otro en igualdad de condiciones. Esto es: el análisis de su obra, su propia coherencia, la calidad que la designa. Eso, en primer lugar. Luego, lo que aporta o significa dentro de la tradición literaria a la que pertenece y, aún más allá, su significación dentro de las corrientes de la literatura universal.

De momento, valga lo hasta aquí escrito para constatar el generoso caudal narrativo de los últimos tiempos en Canarias y sus anclajes en el pasado. Canarias, ciertamente, no es sólo tierra de poetas.

De Canarias a Croacia, la selección de cuentos que aquí se ofrece es una muestra, entre otras posibles, de la fecunda coexistencia de diferentes generaciones y estéticas en el panorama actual de la narrativa canaria. Continuando la tradición universalista que siempre ha definido nuestra condición insular y que tan memorables frutos nos ha legado en el ocurrir del tiempo, este intercambio de la palabra en que nos reconocemos quiere ser un primer encuentro para intentar comenzar a poner fin a ese mutuo desconocimiento que existe entre ambas literaturas. Nada más. Pero tampoco nada menos.